

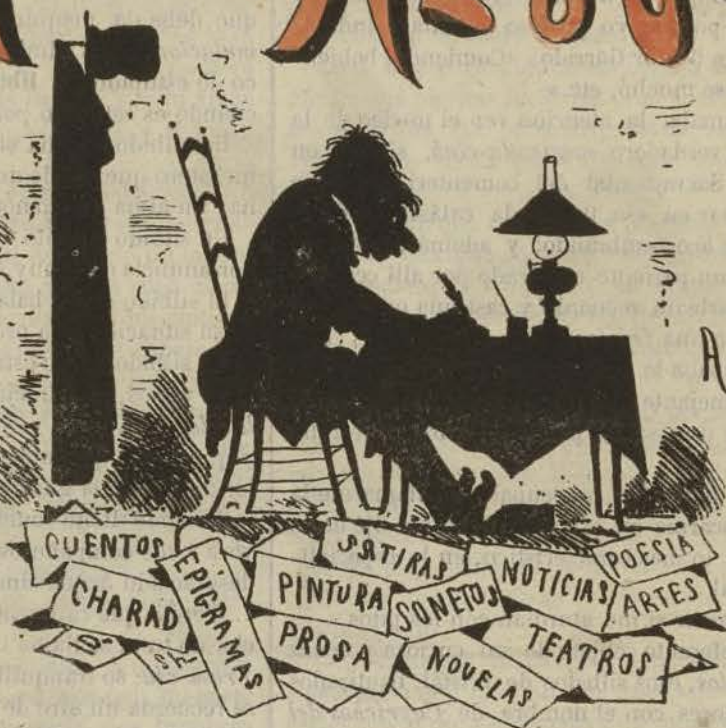
LA MESA REVUELTA

PERIODICO
SATIRICO

LITERARIO
ARTISTICO

1875.

E. DEL SOLAR.



DIRECTOR LITERARIO
TOMAS DE ASENSI.

PRECIOS DE SUSCRICION

En Madrid, 1 peseta al mes; y en provincias, 5 reales.

AÑO I.—NÚM. VI.

Madrid 15 de Mayo de 1875.

REDACCION Y ADMINISTRACION,

MADERA BAJA, NÚM. 5 Y 7, TERCERO.

DIRECTOR ARTISTICO,
EDUARDO DEL SOLAR.

PRECIOS DE SUSCRICION

En el extranjero y Ultramar, 6 reales al mes.

CAPRICHOS DEL SANTO.

¿Quién resiste á la sensacion que despierta en el ánimo, esa animacion que dan los carruajes á la Puerta del Sol y calle Mayor en un dia como hoy?....

¿Qué severo Caton, ni qué *escéntrico* Diógenes puede escuchar con indiferencia aquello de....

¡Eh, arriba!... uno me falta, ¡que me voy!...

Caton de sombrero hongo y Diógenes de pantalon de campana, he vacilado... he cedido.... me he dejado *arrastrar* por un ómnibus del camino de hierro que, como yo, ha abandonado tal vez su obligacion habitual por ir y venir *al Santo*.

¡Qué animacion dentro de aquel *vehículo*!

¡Qué risas!

¡Qué cestas de provisiones!...

¡Qué apreturas!

¡Qué mujeres!

¡Qué polvo!

¡Qué calor... y qué latigazo me *largó* el mayoral *impensadamente*!

¡Qué atrocidad!!!

Al fin llegamos, como era de esperar... digo mal, como era de desear, porque lo que era lógico esperar

únicamente dentro de aquel *almacen* de séres, que de oprimidos estaban en *liquidacion*, era una *quiebra* ó quebradura de sus brazos y piernas en un vuelco.

Yo no sé por qué no hay una estacion telegráfica en San Isidro, porque la familia debe quedarse con cuidado al verle á uno partir, y seria muy del caso leer en *La Correspondencia de España*:

«Mayo 15.—Viajeros á bordo tartana núm. 33, llegados felizmente, saludan familia y amigos.»

El caso es que llegamos al término de nuestra expedicion, sanos y salvos, y si ustedes lo dudan tengo testigos y guardias de orden público que lo justifiquen.

Apenas llegué á aquel hervidero de vida, de ruido, de alegría y movimiento que existe alrededor de la ermita del Santo Patron de *mi pueblo*, se apoderó de mi imaginacion esa constante manía de observarlo todo, de estudiarlo todo.. ó en otros términos más gráficos: *de meterme en lo que no me importa*.

No me extrañaba gran cosa ver tan crecido número de personas tan amigas por lo general de la comodidad, molestarse tan espontáneamente sufriendo calor, apreturas y pisotones, porque al fin *un dia es un dia*!

Tampoco me chocaba que en tan señalada festividad se permitieran atracarse de garbanzos *estucados* como

las alcobas y de rosquillas de la tía Javiera, y se *pulimentar*an el estómago con *barniz* de todos colores, ó sea licor de aquel que se debería servir *con brocha*; y no me chocaba, porque yo profeso aquella saludable máxima del buen doctor Garrido: «Comiendo, bebiendo y divirtiéndose mucho, etc.»

Apenas me llamaba la atención ver el núcleo de la gastronomía, el verdadero *merienda-club*, situado en el jardín de la Sacramental del cementerio, porque bueno es meditar en esa tremenda catástrofe de la muerte para irse acostumbrando; y además, la mayor parte tienen algún pariente enterrado por allí cerca, y pueden consagrarle un recuerdo y casi una oración de paso que se toma una *friolera*.

No me preocupaba la manía de comprar botijos precisamente en semejante día, pues esto al fin y al cabo me demostraba una sabia prevision para el verano próximo.

Pero qué me había de preocupar, ni llamarme la atención, ni chocarme ni extrañarme, si me fijé en lo más notable, en lo más característico, en lo especialísimo de la fiesta!

Y cómo no fijarme si me aturdí con los pitos.

Hé aquí el preferente objeto de mi curiosa y tenaz atención: los *pitos*, esos silbatos de cristal, bautizados por los vendedores con el nombre de *Caprichos del Santo cuando era niño*.

¿Quién me explica este tácito convenio entre tanta gente, esta costumbre arraigada durante tanto tiempo de *silbar* en el mismo día del año?

No me cabe duda, lo harán inconscientemente; pero obedecen á una idea.

Todo el año se lo pasa *el que más y el que menos* haciendo la vista gorda sobre los defectos de sus semejantes, adulándolos tal vez por necesidad ó falta de carácter, mas en este día se desahogan.

La romería de San Isidro es una *silba social reciproca*.

Es el bello ideal de los que escribimos: es el público silbándose á sí mismo!

Dadme un espejo bastante grande para que el público se mire y exclamará al verse: *¡Fo silbante!*

¡El aire *lo más vano!*

¡El pito *lo más hueco!*

Aquí tiene usted el silbido y le dejo á usted hacer todo género de comparaciones que guste.

Pero, amigo mío, el silbido es una cosa de cierta importancia en este mundo, porque hay *silbidos* de *silbidos*.

En alta mar, en medio de los peligros que amenazan destruir un buque, la inteligencia humana lucha con las fuerzas de la materia, y en esos momentos supremos en que la salvación depende de las *maniobras*, estas obedecen á un *pito*. ¡Vea usted un silbido inteligente, poderoso, salvador!

Un silbido... ó dos, *lanzados* (estilo de novela) en la esquina de la *calle de Silva*, por ejemplo, significan la llegada de un amante todo conmovido y anhelante, y el momento dichoso en que cae del balcon de un piso tercero, de la izquierda, pongo por caso, un castísimo

billete impregnado de amor y exento de impureza y ortografía...

Un silbido entre bastidores, indica el instante en que debe la maquinaria producir una sorprendente *mutacion*, cuyo admirable efecto haga olvidar al público lo estúpido del libro de una obra de espectáculo, cuando es estúpido *por casualidad*.

Un silbido en una noche de invierno, avisa quizás á un ratero que puede quitarle á usted la capa, porque no hay un alma que lo note.

Un silbido del pito de alarma de una máquina de vapor anuncia que muy en breve estallará la caldera...

El silbido de las balas le advierte á usted lo *inseguro* de su situación y la proximidad de un disgusto.

Un silbido en un estreno de una comedia, seguido de otros varios, le anuncia al pobre autor que ha pasado *las de Cain* hasta verla en escena, que no se *hará* más y que puede quedarse al día siguiente sin comer y apelar del fallo, si gusta, á Poncio Pilatos.

Saliendo dicho sonido del silbato de un sereno, convoca á sus compañeros y reclama su auxilio en algun desgraciado acontecimiento.

¿Pero á qué cansarnos? Silbando... se pone en marcha un tren: se llama un perro; se avisa del peligro del *Tram-via*; se tranquiliza á un caballo que bebe agua; se recuerda un aire de ópera; se acredita uno de *inteligente* en un espectáculo: se hacen el amor los mirlos, y sobre todo se divierte uno en la romería de San Isidro.

Hé aquí la gran importancia del silbato, conocida la cual, no es de extrañar ver unos pitos tan variados en tamaño, algunos con labores y tallados, otros de color de *caramelo*, estos con hojas de *oro y plata*, todos con flores...

Flores de gran aplicacion y gran suerte, puesto que pasan del conducto de silbidos, á la *historiada* cabeza de una joven que las luce una noche en que forma parte de la *distinguida concurrencia que llenaba el salon*.

Decididamente la festividad de San Isidro, es la solemnidad de los pitos, y comprendo hasta la sandez de llamarlos *caprichos del Santo*.

En virtud de todas estas razones, y despues de haber examinado detenidamente todo el abundante surtido de silbatos que á mis codiciosos ojos se ofrecia, me decidí á comprar tres.

Conste, pues, querida lectora, que no habiendo comprado nada más que tres silbatos en San Isidro, es un hecho que la Romería me *importa tres pitos*.

LUIS DE CHARLES.

NI ALTO NI BAJO.

No sé si te he comunicado nunca, lector amigo, que yo pertenezco al número de los hombres altos. Esto á ti poco te importa; pero me importa á mí muy mucho, pues ello me expone á una infinidad de contrariedades, cuyo relato has de sufrir mal que te pese, que

también yo me veo precisado á sufrir las molestias que me causa el prójimo, y váyase lo uno por lo otro, como dijo éste, que aquí quiere decir *el otro*.

Mi estatura, pues, es elevada; no merezco que me exhiban en la plaza pública, ni tampoco enciendo el cigarro en los faroles de Recoletos; pero bien pudiera un hombre ordinario servirme de baston, y aquí viene que ni de molde, aquello del justo medio, y que son por demás viciosos los extremos.

Y vas tú á ver cómo yo digo esto: andaba como un mortal cualquiera por la calle, con la mirada perpendicular á mi persona, cuando sentí de pronto un golpecito en el bajo vientre; bajé la vista y ví la copa de un sombrero, que con dificultad alcanzaba á mi cintura; debajo, ó dentro del sombrero, existía una cabeza enganchada á unos hombros anchos, remate y fin de un tronco obeso, sostenido por un par de breves piernas, descansando sobre otro par de diminutos piés, componiendo en conjunto un hombre, ó cosa así, que apenas si levantaría del suelo siete palmos. Paréme, paróse, y dijo:

—Bien podía usted ver dónde pone el pié.

—Y usted dónde coloca la cabeza, que ya con el porrazo siento dolor de estómago.

Aquí el enano se detuvo, principiando á mirarme y admirarme, mientras discurría yo que por mi parte animal hubiesen podido confeccionarse dos hombres por lo ménos de la altura de mi vecino, y empezaron á su vez á mirarnos los transeúntes, pues ya los dos nos íbamos asemejando á la primera sílaba del vocablo *libertad*.

—Caballerito (no me atreví á decir *caballero* temiendo lo tomase á burla), caballerito, no estamos bien aquí; entremos en el café vecino, donde en torno de una mesa y al hervor de unas copitas (tampoco me atreví á pronunciar *copas*) podremos dar al resentimiento libre rienda.

Mi compadre no contestó, sino que anduvo; traté de hablarle al oído y hube de desistir á causa de la violenta inclinación de mis vértebras, con peligro de romperme el espinazo, pues no había acostumbrado mis rígidos miembros al descoyuntamiento horrible de Petrópolis. Ya en el café instalados y apurada la primera copa, así me apostrofó quien por autonomasia pudiera llamarse el enano.

—¿No le da á usted vergüenza andar atropellando así á la gente?... ¿No ha de tener siquiera en cuenta esa superioridad sobre los demás?

—¡Superioridad ha dicho usted!

—A la vista está.

—Permítame usted, amigo, que le diga y haga presente, como me encuentro aburrido de mí mismo, y con deseos de regalarle á cualquiera el exceso de mi cuerpo. ¿Jamás ha discurrido usted sobre los inconvenientes de un hombre alto?

—¡Como si me quedara tiempo para ello después de discurrir sobre los míos! Mire usted, precisamente ahora no descanso con estar sentado, porque no me llegan al suelo los tacones, y está demasiado alto el travesaño de la mesa.

—Pues y yo, por el contrario, con el espacio reducido que la mesa abarca y la exagerada longitud de mis extremidades inferiores, tentaciones me dan de meterme las piernas en los bolsillos, si de alguna comodidad hé de gozar sentado.

Aquí uno y otro miramos debajo de la mesa, y en efecto, sus piernas no llegaban al suelo ni con mucho, mientras que las mías disputaban espacio á las del vecino que en la mesa del lado tomaba tranquilamente su café.

—Concedo que en cuanto á piernas, exclamó el enano, nada ó muy poco tenemos que envidiarnos uno á otro; repare usted empero de cintura para arriba la ventaja que usted sobre mí lleva. Usted domina la mesa por completo, y puede con comodidad apoyar sobre ella el brazo, mientras que yo, si me atreviera, había de colocar sobre la silla un par de almohadas.

—Ay, amigo mío, contesté, nunca con mejor éxito se escribió el refrán: «de la mano á la boca se pierde la sopa», pues de mi mano á mi boca es un viaje el que le toca hacer á cuanto engullo.

—Ya, pero usted no se hallará en el caso de que cualquier mequetrefe se le ría en las barbas, por demasiado bajo.

—Sí, señor, se me ríen por demasiado alto. Yo, gracias á mi talla, tuve un día que satisfacer ocho mil reales, en la dura alternativa de soltarlos, ó desempeñar el papel de cabo en una compañía de granaderos, mientras que usted se vería libre de eso, gracias á la talla que tanto le encocora.

—Mucho más daría yo por haber caído granadero. Yo concurro á los bailes, y no bailo porque no alcanzo á la cintura de mi pareja.

—Tampoco yo bailo, porque no puedo sino abrazarla el pescuezo.

—Yo tropiezo con todo el mundo cuando ando.

—Y otro tanto á mí me ocurre, porque mirando al nivel de mi persona, no advierto la presencia de cuantos á mi lado andan. Añade usted á esto que si de un tropezon me vengo al suelo, me rompo más que usted la cara, porque me caigo de más alto.

—A mí, cuando me afeitan me desuellan, á causa de la inclinación que el barbero ha de darle á su maldito cuerpo y la poca seguridad que esto ofrece para el manejo de la fatal navaja.

—Tampoco á mí me desuellan menos, por cuanto tiene que afeitarme el mancebo de puntillas.

—Yo no alcanzo á perchas, ni colgadores y otros paraques destinados al uso común, que no parece sino que se han encargado estas cosas á hombres como usted, según están de altas.

—Y yo me doy cabezadas contra muchas puertas, y anoche, sin ir más lejos, derribé estando de visita, el globo de una lámpara por recogerle el abanico á la señora. Yo le pago al sastre doble, porque según afirma necesito doble paño; yo padezco dolores reumáticos en los piés, porque se me hielan lejos de la cama cuando duermo; yo no quepo en el camarote, si navego; me encojo en la diligencia si viajo en ella, y me sienta, en fin, muy mal el globo entero.



—Pon á tu bebida colto.
—Hasta la última gota
por el Santo.—¡Qué devoto!
—No, chico, dí, que de-bota.



—¡Qué jugabas! Vaya un modo,
cualquiera al verlo diría...
—Calla tonto, en este día
está permitido todo.



—¿Cuánto cuesta ser *pesao*
ea su romana, gachona?
—Cuatro *chavos* por *presana*.
Corriente, ¿y por un *sordao*?



—¿Le aceptas, mi dulce encanto?
—Usted, no toca aquí pito.
—¿Qué no toco?...—Caballito,
¡como no toque el del santo!



El que piense en este día
almorzar solo, se engaña,
pues tiene en su compañía
todos los pobres de España.

Van á darse de cachetes,
hasta romperse las muelas,
por cuestion de dos frasquetes
dos *ninfas* de las Peñuelas.



—Jesús, cuantas vueltas dan
los puestos y las rosquillas,
los toldos y hasta las sillas
están bailando el *can-can*.

—¡Apenas si lo concibo!
y á explicármelo no acierto,
que turben la paz del muerto,
los tambores del *tío-vivo*.

—Yo no monto, porque no hallo estribos en que afirmar los pies.

—Por algo parecido no monto yo.

—Yo, cuando llueve he de andar enarbolando en alto mi paraguas, para no vaciarle un ojo al transeunte.

—Justo, y en esa postura me lo vacía usted á mí honestamente, pues por mucho que usted levante el brazo, no ha de colocar sobre mi cabeza la varillas.

—Mire usted, estamos perdiendo un tiempo precioso, pues á lo que veo nada ó muy poco tenemos que enviarnos. Además, llevo prisa y usted permitirá que me retire, ¡Mozo, mozo!

—No se incomode usted.

—Al contrario, deje usted que pague, yo que no tuve porque redimirme de la quinta.

—Sea, pues; como usted guste.

Pagó y salió mi antagonista, mientras que yo me quedé pensando en los caprichos de la naturaleza, que así nos mortifica á los mortales.

JUAN TOMÁS SALVANY.

LA MAÑANA Y LA TARDE.

La cándida mañana es la alegría,
ufano el mundo, muestra su riqueza
al resplandor del día;
la tarde es la tristeza.

La misma luz que en el risueño prisma
de la gentil mañana en ondas arde,
la misma luz, la misma,
¡que triste es á la tarde!

Todo es alegre en la mañana hermosa
que el cielo, el mar y las montañas viste
de nácar y de rosa;
todo en la tarde es triste.

Tú eres la luz gentil, risueña y vaga
de que hace el alba azul altivo alarde,
yo soy luz que se apaga,
soy vapor de la tarde.

Tú eres germen de amor y de belleza,
yo sombra triste de la pena esclava,
tú eres vida que empieza,
yo soy vida que acaba.

El sol te sigue, y con su lumbré bella
tu sien corona sonrosada y pura,
sigue en pos de mi huella
ciega la noche oscura.

Tú vas con tu inocencia alborozada,
yo á mi oscura saber no me acomodo,
tú, aun no has visto nada,
yo lo he visto ya todo.

JOSÉ SELGAS.

LA TUMBA Y LA ROSA.

(TRADUCCION DE VÍCTOR HUGO.)

La tumba dice á la rosa,
—¿Qué haces, flor de los amores
de las que el alba llorosa
lágrimas de amor te dá?

—¿Y qué haces, tú, lecho umbrio,
la flor á su vez pregunta,
de lo que en tu centro frio
á dormir por siempre vá?

—De estas lágrimas doradas,
dice la flor, tumba triste,
en esencias delicadas
su miel convirtiendo voy,
—Diva flor que el alba riega,
dice la tumba, yo en tanto,
de cada alma que me llega
un ángel al cielo doy.

RAMON DE SATORRES.

DOLORA.

—¿Dónde me encuentro?

—En mis amantes brazos.

En mi alma toda, junto al pecho mio,
Unida á mí por amorosos lazos

—Soy mármol frio.

—¿A dónde estás?... ¡Ricardo idolatrado!

¡Con cuánto anhelo te esperó mi afán!

—Aparta...

—¡Por piedad! ven á mi lado...

¡¡Soy un volcan!!

P. SAÑUDO AUTRAN.

PIES Y MANOS.

Una mano que cayó pesadamente sobre mi hombro me distrajo de estas consideraciones. Miré *de pies á cabeza* al autor de tan enérgica alusion y ví un caballero que andaba *en dos pies* á pesar de... tener *seis*, lo menos, de estatura.

—¡Amigo mio! dijo estrechándome *la mano* hasta hacerme gritar, cuánto celebro encontrarle *de manos á boca*, en el momento de echar *pie á tierra*.

—¿Usted por aquí? dije tímidamente.

—Acabo de llegar, respondió, colocándome uno de sus enormes *pies* sobre el *mejor* callo de los *mios*.—¡He dado la vuelta al mundo! Figúrese usted que al salir de aquí, hace dos años, no paré hasta llegar á Egipto. ¡Hermoso país! Tuve ocasion de admirar las pirámides, y en una de ellas la ostentosa tumba de Dario *Longi-mano*.

—¡Qué bruto! exclamé sin darme cuenta,

—¿Quién es el bruto? preguntó.

—¿Quién ha de ser? Dario, contesté temiendo me pusiese *la mano encima*, pues era un señor más *largo de manos* que el mismo rey persa.

Quedó satisfecho con mi explicacion, reanudando de este modo su relato:

—Despues pasé al Asia, y en las orillas del mar Aral me sorprendió una tribu de *Quiricos* (Kizguisos, pensaría decir), y en nada estuvo que *viniésemos á las manos*; si no ando listo me dan *un pie de paliza de mano maestra*. En aquella ocasion *le ví los pies á la sota*.

—Sí, recuerdo que me ha escrito usted eso, dije su-
dando por todos mis poros.

—En efecto, también lo recuerdo yo. ¡Qué golpe de
mano! gracias á que en astucia no hay quien me ponga
el pié delante, y yo me dije: «Pedro, si te estás con *las*
manos cruzadas y no pones *piés en Polvorosa*, llegará
el momento en que *te echés mano á las orejas* y *no te*
las encuentres. Entonces...»

—¿Y la fábrica de papel que tenía usted? interrumpi
por atajar su *mano-pedio-mania*.

—Sigue en *pié*, contestó burlando mis esperanzas.
Tengo *buena mano* para este tráfico, y me voy á dedi-
car á él por completo. A propósito: traigo en el baul
varias *manos* de papel y le mandaré una por si le con-
viene la clase.

—Bien, bien; puede usted hacer lo que guste.

—Ahora ya nos veremos con más frecuencia; he re-
suelto dejarme de viajes y *sentar los piés*, mucho más
cuando acabo de contraer segundas nupcias con una
niña que creo á *piés juntillos* que me adora.

—¿Qué cree usted?... ¡lo celebro! ¡lo celebro! grité,
y juro que lo dije de veras.

—Pienso desquitarme de lo que me hizo sufrir la
difunta con sus malditos celos. Siempre estaba *de*
mano armada, no me perdía *ni pié ni pisada*, metía
mano en todos mis actos, todo me *lo ponía patas ar-*
riba, y en fin, era cosa de *andar á las manos* con ella
diariamente. Yo decía: «Anacleto, no busques *tres piés*
al gato, que tiene cuatro.» Pero nada, no hacía caso;
si no es por que yo le *ganaba por la mano* y no con-
sentía que me tuviese *bajo el pié*, el día ménos pen-
sado me *alza la mano*, y quizás, quizás hubiera lle-
gado á bajarla, porque ya sabe usted: «al hombre vi-
llano le dan *el pié* y toma *la mano*.»

—¡Es natural! exclamé ya furioso.

—De este modo logré me respetase, aunque rabian-
do, pues *manos besa el hombre*...

—Amigo D. Pedro, dije sin poderme reprimir, he
tenido un gusto *especial* en volverle á ver; pero asun-
tos importantes reclaman mi presencia lejos de aquí.

—Siento haberle entretenido...

—No lo sienta, que no hay para qué. Ya nos vere-
mos en otra ocasión.

—Así lo espero. ¡Abur, D. Ramon!

—Adios, póngame usted... (aquí dudé; pero hacien-
do un esfuerzo sobrehumano, añadí:) á *los piés* de la
señora!

No sé lo que me contestaría, porque escapé como
alma que lleva el diablo.

Después de cruzar varias calles, recordé que mi tío
me había dado un encargo, y que estaría lleno de im-
paciencia por saber el resultado, y juzgué conveniente
ir á visitarle huyendo de este modo un segundo en-
cuentro.

—Allí, pensé, no se hablará de *piés* ni de *manos*,
pues ni *unos* ni *otras* tiene mi tío, y sería *nombrar la*
soga en casa del ahorcado. En efecto, el pobre señor
había sufrido tan horrorosa mutilación en Marruecos;
cayó prisionero, y aquellos bárbaros ensayaron en él
todo género de crueldades.

Llegué á su casa, y al participarle el feliz desempeño
de mi comision, lo primero que se le ocurrió fué lla-
marme *¡sus piés y sus manos!*

La desgracia me perseguía, cosa que no me extrañó,
pues siempre ha sucedido lo mismo.

Después, y para darme, sin duda, una prueba de su
confianza, empezó á hablarme de mil simplezas, entre
ellas, que lo tenía muy descontento la casa que habita-
ba por estar situada en *Lava-piés*; que él la quería en
otro sitio y con *agua de pié*, pues su criado, que era un
galopo *sin piés ni cabeza*, que no sabía más que estar
mano sobre mano como mujer de escribano, siempre se
le *olvidaba* ir á la fuente, pero temiendo quedarse sin
ninguno, no se atrevía á despedirlo, porque *más vale*
pájaro en mano que ciento volando. Aquí, recelando le
pidiese dinero, cosa que, en honor á la verdad, no se
me había ocurrido, añadió que otra de las razones que
le obligaban á *pasar la mano* al susodicho fámulo era
que se contentaba con poco salario, circunstancia que
no podía perder de vista hallándose, como se hallaba,
escaso de recursos, y *si á mano viene*, próximo á pedir
limosna.

Al llegar á este punto, encolerizado, más que por hi-
pocresía, por *los piés y las manos* con que amenizaba
la conversacion, le dije que no había ido á pedirle un
cuarto, y sobre todo, que me estaba cargando con *sus*
piés y sus manos. El vió en esto una alusión á su de-
formidad y, á más de regalarme algunos calificativos
poco lisonjeros, me previno en un breve pero *eloquen-*
te discurso que no quería *pusiese* más *los piés en su*
casa y terminó su arenga *plantándome de patitas en*
la calle.

Este disgusto y el recuerdo de mi funesto sueño que
todo el mundo se había propuesto avivar más y más,
me colocó en un estado difícil de describir. Pensé que
cuando hasta en casa de mi tío, que no *los* tenía, había
encontrado tan abundante cosecha de *piés y manos*, no
me quedaba más remedio que resignarme á estar sujeto
á su *perniciosa* influencia por el resto de mis días; ví
en esto *la mano* de la fatalidad empujándome *al pié*
del insondable abismo del matrimonio; comprendí que,
así las cosas, tarde ó temprano hallaría entre tantos
piés y manos alguno y alguna que me cantivasen has-
ta el punto de convertir mi sueño en la más espantosa
realidad y á esta idea, mis ojos se nublaron... las vi-
siones más horribles se destacaron á los escasos rayos
de mi agonizante inteligencia... me creí casado y... me
me desmayé!

¿Ven ustedes hasta qué punto llega mi desgracia?

¡Pues aun hay quien diga que *he nacido de pié como*
el gato!

RAMON CONTRERAS Y EYRÍZ.

HOY Y MAÑANA.

Del Manzanares al eterno arrullo
y al patrón de la corte dedicada,
una ermita modesta y silenciosa
entre dos cementerios se levanta.
Hoy reinará la alegre romería
allí donde la muerte reposaba,

reemplazando la risa y las canciones
al lúgubre tañir de la campana.
El misterioso asilo de los muertos
y la pequeña ermita solitaria
repetirán los tumultuosos ecos
de la vida en hirvientes oleadas.
Mas cuando cese el mundanal ruido
y tras la tempestad venga la calma
y suceda la noche al claro día
y en silencio se trueque la algazara,
en soledad se quedará la ermita
que entre dos cementerios se levanta
y el Manzanares la dará su arrullo
y sus perfumes las sutiles auras.

Así es el mundo; tras revuelta orgía,
el ferviente rumor de una plegaria;
tras la vida de fuego y de ilusiones,
el hielo eterno de la fiera Parca.

MANUEL MELENDEZ.

LAS ILUSIONES.

Es de todos los hombres conocida
la fábula que dice cómo y cuánto
los hijos de Niobe eran su encanto,
y como á todos vió perder la vida.

En su dolor sin límites sumida,
ella lloró á sus hijos tanto y tanto,
que se halló al agotar su amargo llanto
en una inmóvil roca convertida

Hijas del alma son las ilusiones
que hacen dichosa del mortal la suerte,
son de los cielos bendecidos dones;

Mas cuando el desengaño, que es su muerte,
las vence con sus pérdidas traiciones,
el corazon en piedra se convierte.

JULIA DE ASENSI.

VARIEDADES.

EN SAN ISIDRO.

Veloz la multitud se precipita
bajando por la cuesta de la Vega;
alegre se dirige hácia la ermita,
y el globo en tanto sin cesar navega.

El que va en tartana á San Isidro, se come una libra
de escabeche, se bebe una jarrita de agua del santo y
despues se columpia en el tio-vivo sin marearse, bien
puede decir que tiene un estómago á prueba de bomba.

—Luisita, no te pierdas.

—No, mamá, si voy con Pepito.

—Pues por eso.

—Oye, luz de mis ojos,
niña hechicera,
¿te gustan las rosquillas
de la Javiera?

—Sí, vida mía;
¿pero aquí quién conoce
cuál es la tia?

En San Isidro se convierte:

El agua, en leche de las Navas.

El alcohol, en rom y marrasquino.

Los mendrugos, en rosquillas.

La ermita, en sarten,

y los cementerios en restaurants.

Además de San Isidro, hay otros santos en la casa
de socorro que se instala en la romería.

—¿Y cuáles son?

—San-Guizuelas y San-Grias.

El que va *prevenido* de gran bota á San Isidro, tiene
mucho adelantado para dormir en la *prevencion*.

Problema.—Averiguar qué número de parientes ten-
drá la tia Javiera dentro de tres años, sabiendo que
aumentan un diez por ciento en cada uno.

El rio Manzanares suele secarse algunas veces en
estos dias.

¡Ponen tanta taberna en San Isidro!

Un polizonte vió que á un caballero
le quitó dos pesetas un ratero;
quiso correr tras él, pero la gente
su esfuerzo colosal hizo impotente.
Esto prueba, lector, que en este dia
ni aun te puede amparar la policia.

Hay hácia la pradera
muchos barrancos,
por donde las mujeres
bajan rodando;
todo capricho,
hasta el santo los tuvo
cuando era niño.

LOGOGRIFO.

Seis letras tiene mi *todo*
de las que puedes sacar:
el habitante de un pueblo
célebre en la antigüedad;
el nombre que antes que el propio
suelen las monjas usar,
el de una sacerdotisa
que fué de Juno rival,
y es tambien una montaña
que se eleva en Sse-chuan
y por sus piedras preciosas
goza gran celebridad;
el pastor que el caramillo
supo con arte inventar;
lo que era Brahma; un adverbio,
una nota musical.
un hijo del dios Apolo,
de Berberia un lugar,
un rio de China y un
adjetivo numeral;
una corriente de aguas
que se unen á las del mar;
un arco que desde lejos
ha visto siempre el mortal;
una diosa de los mares;
y el *todo*, lector, sabrás
que es un nombre conocido
y muy fácil de acertar.

J. de A.

(La solución en el próximo número.)

SOLUCION Á LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

ATERIDO.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias se servirán
mandar, al recibir este número, el importe de la
suscripcion en sellos de comunicaciones de 10 y 5
céntimos ó libranza del giro mútuo.

POR QUIRÓS, IMPRESOR, ABADES, 10.